

Cuando tú me elegiste,
 conocías muy bien, dueño querido,
 que apoyabas el brazo—¡suerte triste!—
 en un brazo ya débil y rendido.
 Al fijar en mis ojos
 tus ojos bellos de dichosa esclava,
 en la sonrisa de tus labios rojos
 el amoroso beso palpitaba,
 y respondiendo á las preguntas mías,
 «déjame sólo amarte» me decías.
 Mi corazón, al pronto indiferente,
 no palpitaba, aunque en tropel mis besos
 dulces sonaban, sin cesar impresos
 en tu incrédula frente.
 Así en la regia estancia de la Corte
 donde un príncipe yace inanimado,
 suspendido el mecánico resorte,
 queda por siempre el péndulo parado.

¡Cuánto entonces sufrí! Mi amistad tierna,
 mi afecto fiel, mi gratitud eterna,
 podía sólo darte;
 y porque tú me amabas, quise amarte.

Hoy, á mis brazos ven; la cabecita
 ponla, niña adorada,
 sobre mi corazón bien apretada.
 ¿Sientes como palpita?
 Palpita, sí, con pulsación pausada,
 aún lento, aún perezoso, aún vacilante;
 pero más vivo y firme á cada instante.
 Como el proscrito intrépido y resuelto,
 que hacia su patrio nido
 vuelve, por la esperanza sostenido,
 ¡mira!, el ausente, el desterrado, ha vuelto.

Mi otoño da su pobre crisantema;
 ¡tómala! Resolvieron el problema
 tu hechizo y tu constancia. Ven: ¡te adoro!
 Abrázame, mi bien y mi tesoro;
 y presta un juramento.
 Jura que mantendrás siempre encendida
 la llama que avivó tu dulce aliento.
 ¡Ella es mi dicha, mi ilusión completa!

Por ella, amo aún la vida;
 por ella, aún soy poeta.
 ¡No sea ese tesoro bien perdido!
 ¡Oh mi postrera y mi mejor amante!
 Por este hogar de amor, que has encendido,
 pródigo nuestro afán vele incesante,
 como el pobre minero
 guarda tenaz con la extendida diestra
 la antorcha que el sendero
 en la espantosa obscuridad le muestra.



¡SUPERSTICIONES!

Desde que marchó á la guerra
el hijo de sus entrañas,
dispone todos los días
la viuda, triste y anciana,
los dos cubiertos como antes
en su mesa solitaria.
Sirve la caliente sopa,
echa vino en una jarra,
y asomándose á la puerta,
que le envíe Dios aguarda
algún pobre, á quien convide;

y ese pobre nunca falta.
Al ver aquel mensajero
divino, á quien agasaja,
piensa: «¡Aún vive el hijo mío!»
y esto alivia su desgracia.
Pero el tendero de enfrente,
que de masón tiene fama,
dice: «¡Parece imposible
que den crédito á esas fábulas!
¡Supersticiones son éstas
que embrutecen á las masas!»

TOMA DE VELO

En una calle próxima á la mía,
que yo paso y repaso cada día,
calle de poca vida y movimiento,
vi una mañana de Diciembre fría
muchos lujosos coches blasonados
detenerse á la puerta de un convento.
Los gallardos corceles, adornados
iban, cual suelen en nupcial jornada,
con rosas en la pulcra cabezada;
los vistosos lacayos empolvados
abrían las sonantes portezuelas,
y vestidas de armiño y ricas telas,
damas bajaban, de altanera frente,
glacial mirada y noble continente.
Vi también apearse señorones,
cuyo gabán de pieles medio abierto
dejaba el pecho ver, todo cubierto
de condecoraciones;
vi apearse prelados
ostentando sus hábitos morados,
y un cardenal con traje de escarlata:
del *Faubourg Saint-Germain* la flor y nata.
Se inclinaron con grave cortesía

aquellos personajes de aire austero,
cediendo el paso al que detrás venía,
y entraron todos en la iglesia umbría
con majestad quitándose el sombrero.
Marchóse la curiosa muchedumbre,
y en la calle desierta,
del convento quedaron á la puerta
los landós y su altiva servidumbre.
Atendí lo que hablaba
con un solemne auriga un lacayuelo,
y entonces comprendí que se trataba
de una toma de velo.

¡Era, pues, tu fulgor, límpida estrella,
era tu aroma, pues, flor pura y bella,
lo que en coro vulgar é impertinente
congregó tanta gente!
¿Qué te puede ella dar? ¿Qué esperas de ella?
Piedad insulsa y desdeñosa. Cuando
á Dios el alma virgen consagrande,
tú vendrás ante el ara, conmovida,
pálida, como inquieta desposada,
por el cendal blanquísimo velada,
y jurarás con voz estremecida
ser pobre, y casta, y fiel toda la vida;
cuando sientas llegar á lo más hondo
de tus entrañas el contacto frío
de las tijeras, instrumento impío,
que irán cortando tu cabello blondo,
¿qué pensarán de tu sublime ejemplo
los dichosos del mundo,
que ostentan con alarde inverecundo
su pueril vanidad hasta en el templo?
¿De qué les servirá tu sacrificio?
Irán de nuevo, ciegos, arrastrados
por la locura, la pasión ó el vicio,
al salir de estos muros consagrados
do al siglo das la eterna despedida.
Y al ocaso, ya el cáliz de amargura
agotado hasta el fin, cuando en tu obscura
celda, en el duro suelo arrodillada,
no puedas más, por el cilicio herida;
cuando dejes caer atribulada
las manos juntas, y quizás te asalte

el horrible pavor de que te falte
fuerza y tu flaca voluntad sucumba,
ellos, corriendo tras liviano encanto,
te olvidarán, cual si el retiro santo,
para ti fuese la cerrada tumba.

Pero yo me equivoco, dulce hermana;
mi alma, poco cristiana,
volar hasta tu altura no ha sabido;
porque el hombre es perverso y corrompido,
mústiase aquí tu juventud lozana.
Por todos cuantos pecan en el mundo
tú te ofreciste, víctima propicia;
y en el día supremo y tremebundo
de la eterna justicia,
para elevar en la balanza augusta
el platillo del mal, que á ti te asusta,
que bastará, tu corazón espera,
el peso de tu hermosa cabellera
sobre las negras losas esparcida.
Plegaria y penitencia: ese es tu triste
porvenir; pero tú, tú lo quisiste;
tu libre voluntad será cumplida.
Cada día, en el mundo más se agrava
todo mal. ¡Inocente criatura,
por todos los tiranos, sé tú esclava!
¡Por todos los lascivos, sé tú pura!
Sé tú buena por todos los malvados;
sé pobre, por los ricos endiosados;
por los que son felices, sufre y llora;
por los ateos, ora.
Como dijo el Arcángel á María,
«¡Bendita seas!» Y aunque—¡duda impia!—
uera desierta bóveda ese cielo
al que diriges suplicantes manos,
piedad pidiendo con ansioso anhelo
para todos tus réprobos hermanos;
aunque no obtengas nada,
cuando joven, hermosa y envidiada,
vivir muriendo buscas y deseas,
niña, del ideal enamorada,
por tu sublime error, bendita seas!

EN EL MUSEO DEL LOUVRE

Una mañana—¡oh plásticos gloriosos,
perdonadme!—en las salas del Antiguo
por el augusto Louvre paseaba
mis ensueños de un vago modernismo,
de un arte íntimo y nuevo. Está en verano
el Museo tan fresco y tan tranquilo,
que da gozo. Después del asfaltado
tórrido Carrousel, en aquel sitio
es grato descansar. La soberana
serenidad, esplendoroso nimbo
de los mármoles griegos, refrigera
á aquel que fatigado ó aburrido
atenta los contempla, y en él vierte
de bienhechora paz el dulce alivio.

Era en Agosto—lo recuerdo—cuando
vi á la triste doncella, enfrente mismo
de la clásica estatua de Polimnia,
que ella copiaba con ansioso ahinco.
Sentada en la sillita de tijera,
tenía en las rodillas extendido
el cuadrado cartón. De vez en cuando
hacia un lado inclinábase, ejercicio
penoso, y afinaba el grueso lápiz.
Vi después sobre un banco á ella vecino
su anticuada y raída manteleta,
y el sombrero de paja deslucido
de ajadas cintas. ¿Era, por lo menos,
hermosa ó linda? No: dulce atractivo
tenía empero su apacible rostro:
la tez, mate; los ojos, expresivos
y algo tristes; castaños los cabellos.
Cual una artista verdadera, fijos
mostraba el pensamiento y las pupilas
en la Musa, que envuelta en los ceñidos
y luengos pliegues de su manto, el codo
apoya en alto pedestal. El sino
de la infelice joven, en el fondo
de sus oscuros ojos, descubrirlo
pensé ó adivinarlo. Era muy pobre
su familia. Su padre viejo y digno

ya inútil militar, sólo contaba
 con la cruz pensionada y el retiro.
 Su madre murió ya, pues que la dejan
 venir al Louvre sola. Ya en camino
 de la novela sorprendida, intenta
 seguirla y completarla á su capricho
 mi fantasía de poeta errante.
 La hacendosa muchacha aprender quiso
 á dibujar, por si en algún colegio
 puede ser profesora; pero el vivo
 amor al arte, que consuela y calma,
 de ella se apoderó, y en él ha visto
 algo más grande que el vulgar recurso
 para ganar la vida. De improviso
 entro yo ahora en escena. Jovenzuelo
 soy y gallardo. Limpia blusa visto
 y ancho sombrero. A trabajar al Louvre,
 como ella, voy, y en tierno regocijo
 el hábito de verla se convierte.
 Mis tímidos amores imagino
 después. Medroso, en el Salón cuadrado
 me instalo. Mis pinceles al olvido
 doy, y dibujo la flechera Diana
 al lado de ella. ¡Qué valor el mío
 para hablarla, por fin! Todo temblando,
 busco un pretexto, y con rubor le pido
 la goma de borrar. ¡Rompióse el hielo!
 ¡Cuántas después, cruzadas al atisbo,
 dulces miradas, que interrumpe odioso
 el público importuno! Su cariño
 lento ganando voy, y aunque, al hablarme,
 recela del guardián, medio dormido
 en su banquetta, me lo dice todo,
 sus dolores, sus ansias, sus delirios.
 Algún día, en la caja de colores
 le llevo fruta fresca, que yo mismo
 escogí, y aunque llega algo aplastada,
 ella acepta el galante donativo;
 y almorzamos los dos bajo el amparo
 de los dioses de Grecia, que propicios
 nos contemplan, y graves, manteniendo
 su actitud noble sobre el terso plinto,
 sueñan en los amores inocentes
 ensalzados en églogas é idilios.



BRINDIS CAMPESTRE

Sufriendo azotes del viento
 y entre flores tiritando,
 ya, con gesto de vinagre,
 marchóse de prisa Mayo;
 y en el cielo esplendoroso
 vibra sus brillantes rayos
 el ardiente sol de Junio
 diciendo: «¡Llegó el verano!»
 La hermosa que me cautiva
 viste su traje más claro,
 toma la fresca sombrilla,
 y hacia los alegres campos
 que nuestros dulces amores
 ya otras veces ocultaron,
 ebrios de vida, emprendemos
 la expedición muy temprano.
 Los árboles del camino
 como amigos los miramos,
 y al pasar en el birlocho
 que tira un rocín escualido,
 inclinando la cabeza,
 nos dicen: «Sed bien llegados;»
 mientras mi rubia, excitada
 por el aire fresco y sano,
 hojas arranca, tendiendo
 la diestra á los verdes ramos.
 Nada cambió: la hostería
 allí está, y el perro flaco

mueve en el umbral la cola
al vernos. El mismo cuarto
nos dan. Abro la ventana
y el mismo aroma balsámico
viene del bosque. ¡Con cuánta
delicia lo respiramos!
Miro enfrente el tronco muerto
de aquel chopo que aserraron;
y á la otra parte, la acacia
en flor, que inunda el espacio
de efluvios primaverales
siempre dulces, siempre gratos.
Cantar oigo á la oropéndola,
y aún es el mismo su canto:
fuentes de la humana dicha
son el recuerdo y el hábito.

Mi chiquilla—¡quién pudiera
decir el donoso agrado
de su sonrisa!,—dichosa
de hallarse aquí, suelta el trapo
á la carcajada, viendo
el pretencioso retrato
del buen Thiers, con el ridículo
topete empingorotado;
el sombrero deja encima
del reloj, que horas y cuartos
da en la consola; se quita,
prisión de sus blancas manos,
los guantes de Suecia, y piensa
—¡hora era ya de pensarlo!—
que aquí estamos diez minutos
—¡oh qué horror!—sin abrazarnos;
y con el semblante ingenuo
de quien nunca rompió un plato,
sus labios pausada imprime
en mis encendidos labios.
¡Qué minuto!.. Suena un grito
de pronto: «¡El almuerzo!» ¡Vamos!
Servida está ya la mesa
en el jardín, allá abajo,
junto al juego de los bolos,
donde sombra dan los pámpanos
de la parra. Ven de prisa...

Por aquí. Toma mi brazo.
¡Cuál corren las azoradas
gallinas á nuestro paso!
Igual encuentro la mesa
también: el vinillo blanco
cuya ruidosa alegría
se disipa al breve rato
en largas risas; los mismos
cubiertos de obscuro estaño;
la vajilla, de grosera
loza, que brilla, á los rayos
del sol, con vivos colores;
y para mayor regalo,
un montón de nueces tiernas,
de las que te gustan tanto,
en una fuente pintada
de flores de azul cobalto.

Ya que grata nos ué siempre
la sobremesa, y el vaso
tengo aún lleno, en él deshoja
la rosa, que está temblando
entre tus dedos, pues quiero
brindar por el nido plácido
de nuestros amores. Oye:
Brindo por el campanario
del lugar, por su veleta
encumbrada, y por el gallo
de metal, que ha cinco estíos
—á mi edad hay que contarlos—
nos ve, entre las rubias mieses,
llenas de canoros pájaros,
gozosos coger silvestres
flores para hacer un ramo;
brindo por las golondrinas,
que á los paredones pardos
de esta aldea, cual nosotros,
vuelven todos los veranos;
por los ecos de estos montes,
de tu voz enamorados;
por los espesos jarales
que cubren sus rudos flancos;
por los risueños testigos
de nuestros goces selváticos,

las fresas bajo las hayas,
y las flores en los prados;
por la abubilla, que canta,
allá en el bosque lejano;
brindo por las sendas suaves,
donde, con estrecho abrazo,
te detengo bruscamente

para decirte que te amo;
brindo, y es mi último brindis,
por este, al que hoy regresamos,
país alegre y querido,
que, para colmo de encantos,
semeja á nuestros amores,
pues nada en él ha cambiado.

